

habían tenido en los recientes combates; cumplió, pues, lo ofrecido, pero insistiendo en conservar á su lado á Lecourbe, y como su ejército no constase ya sino de unos cien mil hombres, redujo la cifra perdida á veinte mil, los cuales, á las órdenes de Moncey, se encaminaron hacia el San Gothardo.

En los primeros días de Mayo, la situación de Massena empeoraba por momentos, en vista de lo cual Bonaparte, impaciente, se resolvió á no aguardar el resultado de las operaciones emprendidas por Moreau, arrojando los peligros que envolvía el comprometer prematuramente en las operaciones al ejército de reserva; pero no estando aún el San Gothardo á cubierto de los ataques de los austriacos, eligió para pasar los Alpes el gran San Bernardo, que se hallaba fuera de la acción del enemigo, distaba poco del lago de Ginebra y ofrecía fácil acceso á las tropas procedentes de Dijón, á más de que, siguiendo esta ruta, sería fácil socorrer antes á Massena. No se encontraba aun listo para marchar todo el ejército de reserva; empero, el primer Cónsul ordenó la partida de treinta y dos mil hombres, esperando aumentarlos pronto con otros tantos. «Los austriacos, escribió á Berthier, no podrán oponeros más de veinticinco mil, y con las fuerzas que lleváis, os haréis dueño de toda Italia». El seis de Mayo dejó él mismo á París, dirigiéndose á Ginebra, después de haber recibido la grata noticia de los primeros combates victoriosos librados por Moreau. Se había ignorado durante mucho tiempo en París que el primer Cónsul pensara tomar parte directa en la nueva campaña, habiendo él elevado su intención en este punto con el mayor disimulo, tanto que, de propósito y para mejor ocultar sus designios, rodeó de cierto aparato el nombramiento de Berthier como jefe del ejército de reserva. No quería alarmar á la opinión mostrándose demasiado ambicioso, ni discontentar á sus compañeros de armas, receloso de que pensasen que quería relegarlos á segundo término. Por otra parte, la Constitución del año octavo, dando al primer Cónsul la facultad de nombrar á los jefes y oficiales del ejército y la armada, le excluía evidentemente de toda función que no fuese la de gobernar. «Los principios de esta Constitución, declaró más adelante Bonaparte, no permitían al primer Cónsul tomar el mando del ejército. La magistratura consular era esencialmente civil, y el principio de la división de los poderes y la responsabilidad de los ministros se oponían á que el primer magistrado de la República desempeñase directamente cargos militares; *mas ninguna disposición prohibía que presenciara las operaciones*». De hecho, pues, el primer Cónsul asumió el mando del ejército de reserva, aunque Berthier, su jefe de Estado Mayor, ostentase el título de generalísimo. Gracias á esta poco escrupulosa interpretación de los preceptos constitucionales, pudo Bonaparte vestirse el uniforme de soldado, sin creer faltar á sus deberes de jefe de gobierno. No obstante, sus aprensiones eran vanas; el público no era tan torpe como se imaginaba, y á pesar de las responsabilidades puramente ficticias establecidas en la Constitución, el aparente carácter civil

del gobierno consular no engañaba á nadie sabiendo todos que su alma era la fuerza.

Al salir de París comunicó á sus colegas instrucciones precisas, que venían á resumirse en la frase que tres días después les escribió desde Ginebra: «Pegad fuerte al primero que se desvíe de la línea recta». Cuando llegó á la famosa ciudad, las columnas del ejército de reserva avanzaban á lo largo del lago del mismo nombre, dirigiéndose por Lausanne-sur-Martigni al pie del gran San Bernardo. Aún faltaba mucho que prever y que ejecutar; pero en seguida transmitió Bonaparte su ardor y actividad á todos los elementos del pequeño ejército, y el catorce de Mayo, la vanguardia, capitaneada por Lannes, comenzó la ascensión del paso que había inmortalizado el genio de Aníbal, y los días sucesivos la siguieron las demás divisiones, conducidos los caballos por la brida, arrastrando los soldados los cañones en troncos de árboles vaciados y siendo transportado á lomo de mulos el resto del material. Ningún entorpecimiento detuvo la marcha; el tiempo era espléndido, y no obstante las fatigas y trabajos que hubo que arrostrar, con más dificultades habían luchado poco antes Lecourbe, Linken y Suworoff en sus expediciones alpestres. La adulación, entregada al uso desmedido de la hipérbole, ha comparado esta empresa de Bonaparte á la realizada por Aníbal, y un escritor, si no á impulsos de la lisonja, arrastrado por su irreflexivo entusiasmo, se ha corrido hasta afirmar el mayor mérito de la primera. No hay motivo para tantas ponderaciones, siendo seguramente muy distinto pasar el San Bernardo tomando por punto de partida la misma frontera francesa, por rutas familiares desde hacía siglos, teniendo á mano los recursos de una nación centralizada y las ventajas de la ciencia moderna, y lanzarse á atravesarlo estando, como el héroe cartaginés, á quinientas leguas de su país, falto de base de operaciones, sin esperanza de recibir auxilios, marchando á tientas, bajo la fe de algunas vagas noticias geográficas, por comarcas salvajes y desconocidas, donde era preciso irse abriendo camino á medida que se adelantaba, conduciendo por en medio del hielo y la nieve la caballería nómada, los elefantes, los africanos, tan poco habituados á semejante clima, un ejército, en fin, compuesto de elementos heterogéneos, de gentes diversas, sin más lazo de unión que la autoridad del general que les imponía tan rudas penalidades. Cerraba la entrada superior del valle del Dora Baltea el pequeño fuerte de Bard, en la vertiente meridional de la montaña: los franceses esquivaron este obstáculo con destreza y fortuna, y tras apoderarse Lannes por sorpresa de Ivree y derrotar en el Chiusella á algunas fuerzas enemigas, mandadas por el general Haddick, el grueso de su ejército se precipitó en las llanuras del Piamonte, dominando fácilmente esta hermosa región, donde no encontraron en ninguna parte sino débiles destacamentos. Bonaparte llevaba consigo cuarenta y cinco mil hombres; recogió en el camino la división Chabran, que había pasado la cordillera por el pequeño San Bernardo, y contaba con el refuerzo traído por Moncey á través del San Gothardo: además, el general Turreau desembocaba por el Mont Cénis, sobre

el flanco del enemigo, con cuatro mil hombres, y un destacamento italiano ocupaba el Simplón. Sumaban estas fuerzas como unos setenta mil hombres, y agregándoles el ejército de Massena, su contingente total no era inferior al de Melas, ya considerablemente mermado. El primer pensamiento de Bonaparte fué caer sobre el general austriaco, que se hallaba en Turín al frente de escasas tropas, desbaratarlo é ir en seguida en socorro de Génova; pero ya entendiase que Massena podía retirarse más tiempo, ya, por el contrario, que llegaría demasiado tarde, ó ya, y es la hipótesis más verosímil, que no se contentase con batir en detalle al enemigo, sino que quisiese aniquilarlo de un solo golpe, aun sacrificando el ejército de Massena á su gloria personal, el caso es que dió de improviso la orden de inclinarse al Oriente, á fin de enseñorearse de la Lombardía antes de avanzar más. Pasó el Tessino, venciendo la resistencia del general Vulkassowich, que lo defendía con un cuerpo de observación poco numeroso, y el dos de Junio entró, solemne y triunfalmente, en Milán, donde sentó por de pronto su cuartel general, proclamando el establecimiento de la República Cisalpina; después, merced á algunos reconocimientos, limpió de austriacos toda la provincia hasta el Mincio. Logradas estas ventajas, destinó la tercera parte de sus fuerzas á vigilar las guarniciones enemigas de la ciudadela de Milán, de Crema y de Turín, así como la orilla septentrional del Po, Chivasco y el territorio circundante, disponiéndose acto seguido á atravesar con el resto el citado río por Placencia y marchar derechamente á Alejandría contra Melas, movimiento que inició el cinco de Junio la vanguardia de su ejército, dirigida por Murat y Lannes.

La rápida invasión de los franceses inundando la llanura en toda la extensión que la mirada podía abarcar, colocaba á Melas en posición verdaderamente apurada. Había, como sabemos, atacado á Massena cuando el ejército de reserva comenzaba á formarse; mas la energía del general francés absorbió sus recursos por completo, y ahora, al saber cómo aumentara aquel ejército, no pensó sino en batir al heroico caudillo, apretando el cerco de Génova para apoderarse de esta plaza antes de que se acercara la nueva expedición. Melas tenía, sin duda, noticias ciertas de la existencia del ejército de reserva, contra lo que Thiers opina, y además, Thugut, que había adivinado el plan de Bonaparte al enterarse del paso súbito del Rhin por Moreau, le había dado, lo mismo que á Kray, el oportuno aviso y las instrucciones necesarias para frustrarlo; su carta á Melas, sin embargo, llegó tarde, pues los franceses trepaban ya por el San Bernardo cuando la recibiera. El general austriaco, con todo, no había dejado de adoptar algunas precauciones, y si en vez de enviar, como hizo, destacamentos de tres mil hombres próximamente á la entrada de cada uno de los grandes pasos de los Alpes, el del Mont-Cenis, el de San Bernardo, el del Simplon y el de San Gothardo, les hubiese hecho ocupar una posición central, como Novara por ejemplo, aumentándolos con tropas sacadas de las guarniciones de las plazas fuertes hasta reunir por lo menos veinte mil hombres, habría detenido probablemente á

Bonaparte y podido acudir á tiempo de interceptarle el camino con el grueso de su ejército. Pero el futuro vencedor de Marengo tenía razón: estaba escrito en los astros que el éxito más prodigioso coronaría sus planes, menos esta vez por su propio genio que por las faltas de sus adversarios.

Percatado del peligro que le amenazaba, trató Melas de reparar, desplegando gran resolución y diligencia, los efectos de su anterior lentitud; trasladóse á Turín, donde reunió unos cien mil hombres, y ordenó á Ott y Elsnitz que, abandonando á Génova y Niza, se le unieran en Alejandría. Pensaba poder tener en breves días bajo su mando inmediato unos cuarenta mil soldados, y con ellos escarmentar duramente al invasor. Bien pronto, espesas sombras obscurecieron esta halagüeña perspectiva. Suchet persiguió á Elsnitz en su retirada con habilidad y arrojo extraordinarios, cerróle sucesivamente todos los pasos de la montaña y le causó pérdidas enormes, hasta el punto de haberse reducido á siete mil hombres válidos, cuando se presentaron en Alejandría, los diez y siete mil que el general austriaco llevara á la línea del Var. Por la parte de Génova, las cosas parecieron ir mejor al principio. Cuando el general Ott se enteraba de la orden de su jefe el cinco de Junio, justamente Massena mandaba un parlamentario al enemigo para tratar de la entrega de la plaza. Hacía cerca de dos semanas que soldados y habitantes agonizaban en Génova entre las últimas convulsiones del hambre. La guarnición no tenía más alimento que un pan envenenado, que amasaban con cacao y almidón y del que repartían unas onzas á cada individuo; los vecinos comían exclusivamente las yerbas y raíces que arrancaban en las murallas, muriendo á centenares. Franceschi, ayudante de campo de Massena, enviado por su jefe al primer Cónsul en demanda de inmediato auxilio, había asistido el veinte de Mayo al paso del gran San Bernardo por la retaguardia del ejército francés, y regresó el veintiséis á Génova anunciando la proximidad del socorro. Menos de ocho días habrían bastado á Bonaparte para salvar las cuarenta leguas que separan el Apenino del valle de Aosta, pero pasaba el tiempo sin que los sitiados recibiesen refuerzos ni aun noticias. La mayor parte creían que el ejército libertador había sido derrotado; algunos, sin embargo, presintiendo la verdad, sospechaban que Bonaparte los sacrificaba á su vanidad de táctico y á su feroz egoísmo.

Al empezar Junio, la ciudad ofrecía un cuadro espantoso: millares de mujeres enloquecidas por el hambre, recorrían las calles pidiendo pan á voz en grito, y se veían pasar carros atestados de cadáveres como en una ciudad asolada por la peste. Era imposible prolongar la resistencia una hora más, y Massena, compadecido de sus soldados expirantes y perdida la esperanza de ser auxiliado, se decidió, como hemos dicho, á negociar la rendición de la paz. Ott, que á virtud de la orden de Melas se preparaba á levantar el sitio, disimuló su gozo, y por la prisa de concluir que tenía, de una parte, y la firmeza y energía demostradas por Massena aun en las dolorosas circunstancias del momento, de la

otra, otorgó á los franceses honrosísima capitulación. Massena no dejó un sólo prisionero á los austriacos: de quince mil hombres, á que su ejército se elevara, quedábanle únicamente ocho mil. Mientras Bonaparte era objeto de entusiastas ovaciones en Milán y ensalzaba en su boletín el talento de las cantatrices italianas, una legión de espectros salía de Génova el cinco de Junio por la mañana, presentándose en las avanzadas austriacas, donde se les había preparado algunas raciones. Massena se embarcó con su gente en dirección á Antibes, por suponer que el ejército de Suchet estaba aún en la línea del Var. Ott, detenido por las proposiciones de Massena, no había creído deber cumplir al pie de la letra las instrucciones que Melas le comunicara, y no sólo aguardó á ultimar la capitulación, sino que hizo después ocupar la plaza por diez y seis batallones, no emprendiendo hasta el mismo día cinco su marcha hacia el Norte, á la cabeza únicamente de catorce mil hombres, debido á la guarnición que dejaba en Génova y á las numerosas pérdidas que le causara el enemigo en los últimos combates. Todavía tuvo otras bajas en el camino: la vanguardia del primer Cónsul desbarató su ejército en Montebello el día nueve, de modo que, al entrar en Alejandría, llevaba escasamente consigo diez mil hombres.

Bonaparte, mientras tanto, se había apoderado de toda la comarca situada al Norte del Po, adelantándose con rapidez hacia la parte meridional, deseoso de dar el golpe decisivo á su adversario. Murat pasó el Po con un pequeño destacamento el seis de Junio, y ocupó á Placencia, cuya ciudadela, sin embargo, conservaron los austriacos; al mismo tiempo, Lannes, que había atravesado dicho río algunas leguas más arriba, rechazaba á los austriacos cerca de Castiglione; Víctor, con una de sus divisiones, le siguió los días siete y ocho. Estaban ya al Sur del Po como nueve mil franceses, cuando de pronto sobrevino imponente crecida, que arrastró los puentes y cortó el paso á las demás divisiones. La posición crítica en que se hallaban Lannes y Víctor movió á Ott á librarles la batalla de que antes hablamos, creyendo que, atacando á los enemigos aisladamente, los vencería con facilidad, mas ya hemos visto cuan errados le salieron sus cálculos. Bonaparte estaba perfectamente informado, por algunos partes de los austriacos que consiguió interceptar, de la disminución de las tropas de Melas, teniendo el convencimiento de que este último no se movería hasta el día catorce lo más pronto. Tocante á él, se incorporó al ejército el nueve por el camino de Pavía; hizo pasar el río felizmente el once y doce á las restantes divisiones, y dejando á la de Loisón, fuerte de cinco mil trescientos hombres, para que vigilase la ciudadela de Placencia, ganó á Tortona, sobre el Serivia, con los treinta mil ochocientos que le quedaban. Desde aquí se corrió hasta el Bormida, á cuyo oeste se alza Alejandría, rodeada de una vasta llanura de dos leguas de extensión, cubierta de viñedos y campos de trigo. El camino de Tortona atraviesa primero el populoso lugar de San Giuliano, avanza hasta la aldeilla de Marengo, situada unas leguas más allá, donde pasa el Fontanone, arroyo profundo y fangoso, alcanzando al cabo de media hora los puentes del

Bormida, que conducen á Alejandría. Si como los despachos interceptados daban á entender, el pensamiento del general austriaco era dirigirse prontamente hacia el oriente, debía haber fuerzas de su ejército en esta llanura; en su consecuencia, Bonaparte encargó á Victor y Lannes, el día trece, que registrasen detenidamente las inmediaciones, siguiéndoles él mismo con la caballería de Murat. No obstante, por todas partes reinaban la soledad y el silencio; los habitantes habían huido, y no se descubría un solo soldado enemigo: únicamente á eso del mediodía encontraron los franceses en Marengo un pequeño destacamento austriaco, el cual, después de breve combate, se retiró al otro lado del Bormida. Siendo tan importante este punto para el paso del Fontanone, la retirada, apenas sin resistencia, de los imperiales, sorprendió al general Bonaparte, que comenzó á vacilar. Un espía trajo la noticia de que los austriacos intentaban retroceder hacia el norte, más allá del Po, atravesar el Tesino y ocupar la Lombardía, entonces mal defendida; por la noche, sin embargo, los puestos franceses del Po superior anunciaron que nada indicaba el menor movimiento del enemigo por esta parte. Se figuró entonces el primer Cónsul que Melas proyectaba avanzar al sud, hacia Novi y Génova, y aquí, protegido por los fuertes inexpugnables de esta última plaza y teniendo sus subsistencias aseguradas por la flota inglesa, cansar al enemigo en interminables ataques de fortalezas, dando espacio á su gobierno para levantar otro ejército. Si tal era el plan de Melas, había que desbaratarlo á todo trance. Para ello, Bonaparte dejó á Victor y Lannes en observación con catorce mil hombres en Marengo; colocó á Murat con dos mil algo más atrás, en la llanura; dispuso que Dessaix, que había llegado la víspera de Egipto, fuese de Tortona á Rivalta, con cinco mil trescientos, á reconocer el camino de Novi, y él, por su parte, se situó en Torre di Garofolo, junto al Serivia, á igual distancia de sus dos destacamentos, con una reserva formada por la guardia consular y fuerte entonces de mil ochocientos hombres, á saber, la división Monnier, que contaba tres mil seiscientos, y dos regimientos de caballería. Tomadas estas disposiciones, conceptuó tan improbable que los austriacos se le escaparan, que el día catorce por la mañana, roto ya el fuego por la artillería en el Bormida, en vez de llamar á la división de Lapoipe, que se había quedado dos horas rezagada, le ordenó tornarse á la orilla septentrional del Po, á fin de prevenir todas las eventualidades posibles. Creía seguro el triunfo, sin reflexionar que al diseminar sus fuerzas, comprometía gravemente el buen éxito de la acción, que estuvo á punto de ser por esta causa, como veremos en seguida, no gloriosa jornada, sino sangrienta y quizás irreparable derrota.

No se le había ocurrido al barón de Melas, ni por asomos, la idea de escabullirse por la derecha ni por la izquierda; á pesar de su caducidad, era hombre digno y soldado pundonoroso; tenía treinta y dos mil hombres próximamente delante de Alejandría, y nada más distante de su ánimo que el emprender una marcha que se hubiera calificado de